

Ved un lugar que lejos se columbra,
que allá hacia el fin del pensamiento toca:
la luz allí se ve, mas nada alumbrá:
cálido el aire, sin matar, sofoca.
¡Cuando la vista al cielo allí se encumbra,
sólo ve de un abismo el ancha boca!
El suelo se hunde con blandura tanta,
que nunca en firme se asentó una planta.

Indiferente á todos nuestra vida,
nuestro nombre es de todos olvidado.
La palabra *virtud* nunca fué oída.
Nunca allí la *esperanza* se ha mentado.
Con nuestros nombres el *por qué* se olvida
de las alegres culpas que han pasado;
pues si el recuerdo de ellas fuese eterno
aun nos diera placer el mismo infierno.

No se oye allí más voz que los latidos
del corazón en su clausura estrecho.
Sólo *hastío* perciben los sentidos
Solamente *rencor* brota del pecho.
Los objetos más ciertos son fingidos.
Cuanto se toca allí vuela deshecho.
No sabe qué querer la fantasía,
sólo sabe lo que *odia* y lo que *hastía*.

Ni un bello pensamiento allí enardece;
ni un noble sentimiento el pecho inflama;
todo el que piensa ó siente es que aborrece...
¡Oh! ¡maldito lugar donde no se ama!
Náufrago que se ahoga y no perece,
el hombre, eternamente ansiando, exclama:
— Dadme las dichas del dolor, ¡Dios mío!
y no *hastío* y *rencor*, *rencor* y *hastío*.

Rodeado allí de espíritus sin cuento,
celoso Satanás en su ansia loca,
de esta manera habló con fiero acento
á la grey maldecida á quien evoca:
(y antes de hablar hondo lanzó un lamento,
que repetido fué de boca en boca,
cual si el número inmenso de nacidos
gimiesen de una vez de un golpe heridos.)

— ¡Ay! contra mí otra vez sus rayos vibra
el gran poder que mi poder aterra:
si da un paso Colón, de mí se libra
entre yo y Dios la compartida tierra.
Mi poder y el de Dios desequilibra;
¡y aun no empezáis, hijos del mal, la guerra?
Su flota sea á vuestro soplo aleve
arista vil que el vendaval se lleve.

» Tú, IDOLATRÍA, á la infernal ralea
inspírale el rencor que arde en tu seno;
por tí el culto del sol sangriento humea,
y asuela Djaggernat de horrores lleno.
Que el mundo, como es hoy, por siempre sea,
revuelto en sangre, lágrimas y cieno,
de ídolos falsos insondable abismo.
¡QUE TODO SEA DIOS, MENOS DIOS MISMO!

» Tus lenguas mil, por el honor malditas,
mueve también, ENVIDIA infamatoria,
que el brusco sol de la verdad evitas
tras la sombra del árbol de la gloria.
Si en sorda guerra languaraz te agitas,
no hay sabio en la opinión ni héroe en la histo-
que á tus dardos, ni oídos, ni sentidos, (ría
muertos no caigan por la espalda heridos

» Y tú, IGNORANCIA, cuyo brazo fuerte
del humano progreso el curso estanca,
que escarneciste con tan buena suerte
el numen de Colón en Salamanca,
su intento colosal condena á muerte.
La ciencia, como Omar, del mundo arranca.
Luzca precoz con vivo centelleo
el puñal que le aguarda á Galileo.

» Del semidiós Colón, vuestras legiones
confundan los titánicos intentos,
ya enardeciendo bajas las pasiones,
ya agitando en tropel los elementos.» —
Dijo así; y del infierno las visiones
por el cráter lanzadas á los vientos,
del claro sol á las variadas tintas
formas adquieren cada cual distintas.

Y estos son los fantasmas que á porfía
resurgen por el cráter esplendente
cuando la chusma, que de horror moría,
mira el volcán de Tenerife enfrente.
Sombra que eclipsa y que esclarece el día,
que esconde y muestra á medias el ambiente...
No en vano el mundo con baldón eterno
á Tenerife le llamó el *Infierno*.

¡Triste recuerda á su país la gente,
al ver que aumenta del volcán la llama!...
¡Cariñoso acudiendo á nuestra mente,
más nos hiere al morir lo que más se ama!
El Teide en tanto inexorablemente,
brotando sombras sin cesar, exclama:
— ¡Esos son, esos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos!

Y Satanás el cráter asaltando,
hasta sacar el pecho á alzarse prueba,
cual el humano corazón rasgando
remordimiento aterrador se eleva.
El mundo en torno con rencor mirando,
en el espanto general se ceba,
como heraldo fatal que anuncia luego
algún diluvio general de fuego

Y dijo así, las naves circundando
con su ardiente y negruzca cabellera:
«¿Adónde vais, ilusos, traspasando
esta de muertes perennal barrera?
¡Atrás! volved las proas. ¡Yo os lo mando!
¡Yo, de naufragios eternal lumbrera!
¡Yo, que altivo guardián de un mar ignoto,
á la humana ambición sirvo de coto!

» ¡Atrás! ¡No hay más allá! ¡Los huracanes
ecos son nada más de mi fiereza!
¡Como veis, mis alientos son volcanes!
¡Sacude las borrascas mi cabeza!
¡En un día de enconos y de afanes
me engendró y puso aquí naturaleza,
para que abisme con mis *negras manos*
cuanto á inquirir se atreva sus arcanos!

» ¡No hay más allá! La mar que veis enfrente,
cuya sola extensión al mundo aterra,
con sus llaves de fuego eternamente
mi *negra mano* inexorable cierra.

CANTO V

HISTORIA DE COLON

RESUMEN

Historia de las islas Canarias. — Historia de Colón. — Su patria. — Combate naval. — Llega á Lisboa. — Su casamiento y vida. — Su proyecto desechado por el Rey de Portugal. — Idem por Génova y Venecia. — Llegada á Palos. — Marchena. — Garcí-Fernández. — Llegada á Córdoba. — Talavera. — Alonso Quintanilla. — El cardenal Mendoza. — Examen en Salamanca. — Tomas de Baza, Loja y Málaga. — Sus amores en Córdoba con doña Beatriz Enríquez. — Retorno á Palos. — Vuelta á la corte. — Santángel y Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya. — Isabel la Católica. — Fernando V. — Pactos con el Rey. — Parte á Francia. — Vuelta á la corte. — Arrique de la Reina. — Se firma el pacto. — Los Pinzones. — Salen de Palos. — Primera avería. — Se dirige á las Canarias á reparar su avería. — Salida de la Gomera. — Conclusión del canto.

Heredó las Canarias un Herrera,
oscuro ciudadano de Sevilla;
islas todas que, excepto la Gomera,
enajenó á los Reyes de Castilla.
Que Herrera, rico ya, la isla postrera
guardase para sí, no es maravilla,
sin duda el tal para tener por donde
ser, como fué, de la Gomera conde.

Ya vuestro ardor, desatentada gente,
desagradando á Dios, pasma á la tierra:
¡y al ver tanto valor, hasta yo mismo
lleno de ira y pavor torno al abismo!»

Dijo, y se hundió. Y el Teide, el gran bajío
del mar de éter que el globo circunvala,
se encorva... baja más... se hunde sombrío...
y á su primer nivelación se iguala.
La flota de Colón, cual por un río,
tranquila en tanto por la mar resbala,
mientras la gente aun ve en los horizontes
lo que ve el miedo que reanima montes.

¡Adiós!... ¡Todo pasó!... La isla dejando,
vira la flota hacia la Gran Canaria.
¿Y el monstruo? — No se ve. — Ya van pensando
si sería su mano imaginaria.
¡Bravo! á su faz, conforme van virando,
se asoma una sonrisa involuntaria...
No parece sino que, más serenos,
temen al diablo por la espalda menos.

Corren los buques... La distancia crece...
El antiguo valor la fe reintegra.
Poco á poco el volcán morir parece...
¡Cuánto á la chusma su extinción alegra!
Mengua el pico... se abisma... desaparece...
¡Y las visiones... y la *mano negra*!...
¡Todo se disipó, del mismo modo
que se disipa en la existencia todo!...

Se halla Colón sus penas refiriendo
en la casa del conde ciudadano,
mientras un don Elías le está oyendo,
deudo del tal Herrera sevillano.
Colón con don Elías departiendo,
frente el uno del otro y mano á mano,
cuenta su historia con la tierna gracia
con que al mérito adorna la desgracia.

»Para mí el infortunio es una peste, peste, señor, de que nací infestado; la amiga antorcha del fulgor celeste sólo una vez propicia me ha alumbrado. Deciros quiero, aunque rubor me cueste, que escarnecido aquí, y allí olvidado, el desprecio no más siguió mi huella, huésped eterno de la adversa estrella.

»Y como siempre ha sido de los hados mi desdichada estirpe eterna injuria, de padres como yo desventurados en un pueblo nací de la Liguria. Con deudos míos, cual ninguno osados, mil veces de la mar sentí la furia, que es para mí desde mi amor primero la mar madrastra que cual madre quiero.

»En la empresa más dura á que he asistido (no la más infeliz de mis empresas), al león de Venecia, no vencido, vencimos unas naves genovesas. Caí luchando al mar, y á un remo asido llegué á nado á las costas portuguesas. ¡Cuánto dolor, cuánta esperanza mía en solo un remo se salvó aquel día!

»Náufrago entré en Lisboa, en donde amante á *Felipa Moñts* prendó mi audacia. Fui modelo de honor en lo constante. Ella era un tipo de virtud y gracia. Fruto de tanto amor fué un tierno infante. Aumentó la pasión nuestra desgracia, porque en lazos se ligan más estrechos en un mutuo dolor los nobles pechos.

»Para vender después mapas trazaba, ciencia que entre otras aprendí en Pavia; de este modo á mi esposa alimentaba y á mi padre y hermanos sostenía. Con mi trabajo el hambre mitigaba. Mis penas con mis libros distraía, porque la ciencia, con discreto modo, excepto la virtud, lo suple todo.

»Al Rey de Portugal don Juan segundo, que un paso busca para el suelo indiano, le expuse un plan en que doblando el mundo la India se hallase al fin del Oceano. Juntó un Consejo... y su saber profundo me escarneció... ¿qué sabe un cortesano? Servir sin fe, reir por artificio, querer por fuerza y admirar de oficio.

»¡Malsines! Luego, un buque aparejando, mi plan salió á explorar con cauto celo, mas el piloto se volvió temblando... ¡Justo castigo fué del alto cielo! Desde entonces mi nombre fué nefando. ¿Qué podía yo hacer en tanto duelo? ¡Pedir á Dios resignación cristiana, la gran virtud de la pobreza humana!

»Muerta mi esposa, en Portugal burlado, á la patria volví donde he nacido; pero mi plan, que expuse á su cuidado, ni Venecia ni Génova han oído. Yo he sido, por ser pobre, despreciado, y por loco pasé, siendo instruído; siempre el mundo en mí ha visto en una pieza la locura injertada en la pobreza.

»Yendo hacia Huelva á pie, solos, con pena, hambre mi hijo sintió con fuerza cruda: á un convento llamé, y un alma buena pan dió á mi niño y á mi pena ayuda. Su guardián, *Fray Juan Pérez de Marchena*, me vió al paso, me habló... y en él, sin duda, me hizo ver Dios que en el postrer extremo jamás en un naufragio faltó un remo.

»Si no elogíase su bondad, haría al prior de la Rábida un agravio: ¡con cuánta admiración mi teoría oyó y reoyó pendiente de mi labio! Marchena, en no envidiada medianía, vive feliz y oscuro, aunque es tan sabio; pues la dicha cabal mucho más ama una buena opinión que una gran fama.

»Al médico de Palos determina llamar Marchena á docta conferencia; mi plan *Garci-Fernández* examina con tan sabia atención como indulgencia. Caridad en acción su medicina, más es que oficio una virtud su ciencia. Es templar de los tristes los dolores el amor más genial de sus amores.

»La junta humilde y sabia del convento pensó entonces lo cuerdo que sería el que, partiendo yo, fuese al momento á la Reina á exponer mi teoría. Desde Huelva hasta Córdoba contento crucé la calcinada Andalucía, patria de mi vejez, de mis dolores, de mi gloria tal vez y mis amores.

»Llegué. De Pérez la amistad sincera cartas me dió para un prior tan vano, que mi plan juzgó siempre una quimera; hombre indocto, aunque diestro cortesano. Hoy ya arzobispo *Hernando Talavera*, mejor que yo al furor del Oceano, las velas sabe izar sin duda alguna al viento desigual de la fortuna.

»Viví en Córdoba. En tanto que iba errante aquí y allí la corte de Castilla, me socorrió, de mi proyecto amante, prez de Asturias, *Alonso Quintanilla*. *Medinaceli* me asistió constante, que siempre grande entre los grandes brilla. Feliz mendigo, entonces aun pensaba que en este mundo hasta el dolor se acaba.

»Con bondad que aun mi espíritu alborozaba, un día á ver los Reyes me acompaña el cardenal *don Pedro de Mendoza*, que *el tercer rey* le nombran de la España. Por cuantos sabios Salamanca goza mandó el Rey discutir mi ciencia extraña, luchando así por uno y otro lado, en mí el futuro, en ellos lo pasado.

»A Salamanca fuí. En un convento controvertí con doctos profesores: fueron á combatirme más de ciento entre frailes, y legos, y doctores. Probé allí de mi ciencia el fundamento por la opinión de sabios escritores, por pruebas naturales abundantes, y por la fe de doctos navegantes.

»Si no es redondo el mundo, les decía, ¿cómo el sol al rodearle no tropieza? ¿Por dónde nace y se sepulta el día? ¿Adónde acaba el globo y dónde empieza? Viendo hablar sólo en la defensa mía del príncipe al tutor, *Fray Diego Deza*, yo pensé que exhalaba en un momento de mi vida infeliz todo el aliento.

»Lanzáronme al final de la contienda esta serie de citas importuna: *«Nadie que el texto de la Biblia entienda, la fe con los antípodas aína. Dios el cielo extendió como una tienda.»* Así ignorantemente una por una fueron deshechas arrojando al viento las plumas de mi altivo pensamiento.

»No prevayeron ¡ay! que mi fe pura del infierno los ídolos aterra. Que el hecho grande que mi mente augura abre el futuro y lo pasado cierra. Yo soy el que predice la Escritura: *«Se unirán los extremos de la tierra, y siguiendo del cielo los pendones se juntarán las lenguas y naciones.»*

»Dando al examen término prudente, fué á Córdoba la corte. Yo, entretanto, huésped molesto aquí y allí indigente, tan sólo algún alivio hallé en mi llanto. Lloré... y después... lloré tan solamente. ¿Qué podía yo hacer en duelo tanto? ¡Pedir á Dios resignación cristiana, la gran virtud de la pobreza humana!»

Recordando Colón tan tristes días la aflicción sus palabras atenúa. Su oyenté, al contemplar sus agonías, entre llorar y no llorar fluctúa. *«Veréis si esto os aflige, don Elías, — después Colón diciendo continúa, — ¡para cuánto dolor os dan materia los fastos de mi vida de miseria!»*

»Mientras la corte errante iba y venía, blandiendo contra el árabe una espada se cuenta que luché con bizarría en Baza, Loja, Málaga y Granada. ¿Qué importa al porvenir mi valentía? Para mí el ser valiente es no ser nada. Toda fama es un crimen si es sangrienta. O la gloria no es gloria, ó es incruenta.

»De Córdoba á una hija encantadora amé con tan inmensa idolatría, ¡pobre *Beatriz Enríquez!* que aun la adora con la ilusión de un niño el alma mía. Habiendo amado tanto á esta señora, no extrañaréis que la ame todavía: la juventud en la vejez sintiendo, no puede envejecer envejeciendo.

»Siguiendo yo una vez sus pasos iba de un templo á la salida, cuando á poco gritó — ¡al loco! — una turba intempestiva, mi vejez insultando con descoco. Sin duda empezó á amarme compasiva de oír al vulgo vil llamarme loco, la que en ratos después más halagüeños me solía llamar su *caza-sueños*.

» ¡Cuántas veces, señor, la turba ciega de loco tilda al cuerdo que en sus glorias con sus ideas distraído juega siendo sólo sus dados las memorias! Nunca este grito me quitó el sosiego, pues sabía muy bien por las historias que mil veces de loco fué tildado quien padeció del genio el mal sagrado.

» De Beatriz la historia lacerante si no os da enojo os contaré mañana, esposa sin marido, oculta amante, madre sin hijos, maldecida hermana. Fueron los días que la amé un instante, porque los años en la vida humana, dulces alguna vez, otras amargos, ó tan rápidos son, ó son tan largos!...

» Pues, siguiendo mi vida malhadada, sin esperanza ya, como os decía, volví al convento, y me anuncié á la entrada más pobre que otro tiempo todavía. Fray Pérez comprendió de una mirada que sólo hallado por el mundo había odio, desprecio, olvido y amargura: ¡es tan fácil de hallar la desventura!

» El alma del guardián de rabia henchida, escribe á la gran Reina; y siempre buena, de este su antiguo confesor dolida, que vaya Pérez á la corte ordena. Fué. Habló á la Reina y me llamó en seguida. Dudo en volver; mas viendo que Marchena cura mi herida y mi dolor acalla, torné otra vez al campo de batalla.

» De nuevo en mi favor abren campaña Luis Santangel y Alonso Quintanilla, y á los pies de los Reyes me acompaña la marquesa Beatriz de Bobadilla. La marquesa es hermosa hasta en España: bellos sus ojos son hasta en Sevilla: nadie una vez su imagen tuvo enfrente sin llevársela impresa eternamente.

» Blanco su cutis, rojos sus cabellos, muestra gentil Doña Isabel primera. Del cielo azul sus ojos son destellos. Grave es su andar; graciosa su manera. Es tan casta, que nadie sus pies bellos ni al ponerles la unción verá siquiera. Su faz, sombra y espejo de sí misma, un pensamiento silencioso abisma.

» Dulce en la paz, es en guerrear constante. A la firmeza y la bondad propensa, como en torno de un astro gira amante cuanto siente junto á ella y cuanto piensa. Sirve con humildad, manda arrogante. Es su mirada reflexiva, intensa; nunca ví de ojo humano los reflejos ni venir de tan hondo, ni ir tan lejos.

» Al católico Rey, á juicio mío, le llaman bien, aunque con forma extraña, el *pérfido* Inglaterra, Italia el *pío*, Francia el *avaro*, y el *prudente* España. Calculador, sagaz, taimado y frío, será mucha su fe, grande su maña; pero aunque algunos me apelliden loco, Su Alteza nuestro Rey me gusta poco.

» Cuando en mi pacto el Rey ve que arrogante ser rico, y don, y hasta virrey pretendo, juzga mi pretensión exorbitante... ¡Aun de enojo pensándolo me enciendo! — Alzó aquí Don Elías el semblante, y tan extrema pretensión oyendo, murmuró por lo bajo y poco á poco: — «Tiene razón la gente; este hombre es loco.»

Colón siguió: — «Con la ruindad que veo, ¿qué hago? me alejo y me dirijo á Francia; mas de la Reina me alcanzó un correo en un puente á dos leguas de distancia. No me atrevo á volver, y lo deseo. Mas de la Reina al escuchar la instancia, á ella obediente y á mis quejas sordo, mi bestiezueta ruin viré de bordo.

— *Al veros ir*, me dijo el mensajero, *hablaron á la Reina de Castilla Santangel, de Fernando tesorero, y el contador Alonso Quintanilla.* — Torno á la corte al fin, y allí me entero que la hermosa Beatriz de Bobadilla volvió también providencial su gracia á poner entre el trono y mi desgracia.

» Entró la Reina á ver, y así se expresa con rostro altivo y con afable acento: — *En vez de perlas, como vos, Marquesa, ceñir con flores mi cabeza cuento. Vended mis joyas, pues costear la empresa por mi Corona de Castilla intento.* — Dijo; y por Dios que al pronunciar tal cosa, además de sublime estaba hermosa.

» Firmóse el pacto al fin ¡sea en buen hora! donde *don* y *virrey* se me nombraba. Don Elías, cual yo, ¿no veis ahora que en este mundo hasta el dolor se acaba? Ya soy *don* por la Reina mi señora, cuando simple Colón morir pensaba. Siempre creí que en los humanos duelos cuando el mundo se va, vienen los cielos.

» De mi vida dan fin los tristes fastos. Firmando Reina y Rey las condiciones, ya mis proyectos, cual ningunos vastos, la envidia van á ser de las naciones. Para cubrir la octava de los gastos, generosos conmigo los Pinzones jugaron su fortuna con mi ciencia al juego de la oscura providencia.

» Ya prontos, en la iglesia del convento confesamos, y á Cristo recibimos; nos dió Marchena en un sermón aliento, nos bendijo, rezamos y partimos. Desanclamos por fin. ¡Fresco era el viento! ¡Gracias al cielo! Hasta que al mar nos dimos fué mi vida entre tristes desengaños un sueño de diez lustros y seis años.

» Pasó un sol y otros dos; y al cuarto día de la *Pinta* el timón desenclavando, ya *Quintero* azuzó la rebeldía, mal sino entre mis gentes augurando.

Peró *Martín Pinzón* en su osadía, con cabos el timón asegurando, — *Si se rompe un timón*, dijo á Quintero, *el componerlo es el mejor agüero.*

» Roto el timón de nuevo al quinto día, hice rumbo á Canaria en los siguientes. Dejé la *Pinta* allí, y á esta bahía vine á enmendar ligeros accidentes. Juzgando al fin repuesta su avería, por la *Pinta* volví; pero mis gentes, cuando el volcán de Tenerife vieron, morir quemados en la mar temieron.

» Torné aquí á vituallar. Mi historia es esa. Pronto zarpar de la Gomera espero. A mi ventura, que de huir no cesa, la suprema embestida darla quiero. No dudéis, Don Elías, de mi empresa. Fiad en mí, porque cual nunca fiero, ya voy del mar por el triunfal camino batiendo en retirada á mi destino.» —

Calló Colón. Se levantó á estrecharle lleno de afecto y de dolor su oyente; mas al ir Don Elías á abrazarle, pensó en su empresa y le creyó demente. Miró. Se santiguó. Tornó á mirarle. Se volvió á santiguar. Y tristemente, con faz entre espantada y lacrimosa, marchando murmuró no sé qué cosa.

CANTO VI

BEATRIZ ENRIQUEZ

RESUMEN

Continúa Colón la relación de su vida. — Encierro de Beatriz. — Nacimiento de Fernando Colón. — Matrimonio secreto. — Fragmentos de las cartas de Beatriz Enriquez á Cristóbal Colón. — Conclusión del canto VI.

PRIMERA PARTE

En el mismo lugar, al otro día, de Beatriz Enriquez, que aun adora, las memorias Colón así leía al buen señor que de escucharle llora: — La historia, que es lo triste de la mía, vais á escuchar de la que aun es señora de *aquí* y de *aquí*, — dijo, y clavó elocuente una mano en el pecho, otra en la frente:

— «A dos leguas de Córdoba traída, y en un castillo con rigor guardada, amando más la muerte que la vida, hoy te escribe, Colón, tu prenda amada. — *El fruto de tu amor, Beatriz querida, es fuerza dar á luz aquí encerrada,* — dijo, cerrando mi prisión mi hermano, con la altivez feroz de un castellano.